

Blanca Solares, *Imaginarios órficos de la naturaleza*. Prefacio de Jean-Jacques Wunenburger. México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias / Ítaca, 2024

Mercedes Montoro Araque

Universidad de Granada

Grupo de investigación HUM-584, Observatorio de Prospectiva Cultural

MITEMA-CRI2i

mmontoro@ugr.es

ORCID: 0000-0001-8698-7480

Abordar la relación entre “imaginario” y “naturaleza” puede resultar chocante para aquellos espíritus imbuidos por el único pensamiento positivista y empirista de la ciencia y para todo aquel que sigue considerando la imaginación pura falacia, fantasía o simple ficción ilusoria. Empero, es algo que la antropóloga y filósofa Blanca Solares defiende con ahínco en una trayectoria académica e intelectual consolidada. Sus obras más recientes, *Imaginarios mayas en la música contemporánea* (2022) e *Imaginarios de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis ecológica* (2021), apuntan, ya desde el título, tres de los ejes conductores y líneas temáticas (imaginario, naturaleza y música) que rigen y estructuran *Imaginarios órficos de la naturaleza* (2024).

■ A lo largo de sus cinco capítulos —precedidos de un elogioso prefacio del internacionalmente conocido “filósofo del imaginario”, Jean-Jacques Wunenburger, junto a la preceptiva introducción—, el volumen

que se reseña aquí plantea como objetivo principal “recrear algunas ‘capas’ o sustratos de significación simbólicas relativas al arquetipo de Orfeo”. Y ello, a través, principalmente, “de la armonía de las esferas de Pitágoras, el *Timeo* de Platón y la idea de la metamorfosis de las plantas de Goethe”¹ en aras de abordar una actitud órfica “alternativa” a la predominante actitud prometeica contemporánea, porque, como asegura su autora, “la vida no es solo lo que se nos da como existencia”.² Objetivos, planteamientos y metodología (asumida y exhibida con humildad) quedan, por consiguiente, más que anunciados desde esta introducción, que señala a Pierre Hadot y a Gilbert Durand como faros orientadores en la búsqueda de lo que denomina abiertamente, desde el título, “imaginarios órficos de la naturaleza”. Dichos imaginarios, asegura la autora,

¹ Solares, *Imaginarios órficos*, 30.

² *Ibíd.*, 31.

aún anclados en el seno mismo del pensamiento occidental, demuestran una perfecta “convergencia del horizonte órfico con el pensamiento premoderno y el pensamiento indígena actual”.³ Con esta innovadora hipótesis de partida, que no elude una marcada crítica del racionalismo antropocéntrico, la autora esboza, por ende, lo que se asemeja a un reto antropológico en nuestra contemporaneidad: investigar la genealogía de la imagen simbólica de la naturaleza, en aras de potenciar una concienciación ecológica.

“¿Nos encontramos frente al inmenso reto de un cambio civilizatorio?” Esta problemática, aparentemente de simple y asequible aproximación, la induce a abordar los imaginarios órficos, que vamos descubriendo al hilo de un elegante discurso, poniendo la atención progresivamente en la “noción de la Creación como belleza y verdad unida a la necesidad de un comportamiento humano fundado en una ascesis, ética del cuidado y respeto de la Otridad (Levinas)”.⁴ Se establece, de este modo, el puente simbólico derivado de una “actitud órfica” entre la concepción de la naturaleza como armonía de las esferas, como “obra de arte” y como entidad viva, por una parte; y por otra, las luchas medioambientales y los derechos a la “descolonización de la naturaleza” que han podido ser defendidos en nuestra contemporaneidad, tanto por M. Serres como por Descola, entre otros (B. Latour, L. Boff, Viveiros de Castro).

Efectivamente, tras un discurrir a lo largo de siglos de filosofía en torno al or-

fismo —lo cual pone de manifiesto el profundo y riguroso conocimiento científico de la autora—, la obra plantea la idea de la naturaleza como armonía musical del universo (en el capítulo 2), como arte divino (capítulo 3) o como ese “contemplar, intuir” y “ritmar” (capítulo 4) preconizado por el pensamiento romántico goetheano. En cualquier caso, la naturaleza nunca queda planteada aquí con valores que lleven al hombre guiado en su sed prometeica a su acaparamiento y explotación. La obra reconstruye, pues, los estratos de dicho “imaginario órfico” que, remontando a la antigüedad griega (Pitágoras, Platón y el propio mítico Orfeo), evoluciona desde el Renacimiento hermético hasta las ecosofías contemporáneas, pasando por la *Naturphilosophie* romántica inspirada de Goethe.

De origen, pues, mediterráneo y arcaico (Egipto, Grecia, Persia), esta “poética órfica” es el hilo conductor que permite a la profesora Solares sustentar con precisión teórica y gran erudición (y siempre desde la imaginación creadora, onírica y simbólica) los mitemas universales de los que deriva la ecología actual. Inspirada también en *El hombre unidimensional* (1968) de Herbert Marcuse, dicha “apología de Orfeo” se presenta, por consiguiente, como un intento, magistralmente logrado, de partir de las “imágenes primordiales” que estructuran el orfismo como mito guía subyacente a los movimientos ecológicos contemporáneos. Con esta metodología basada en la teoría de la imaginación simbólica de Gilbert Durand —y que la antropóloga reconoce haber encontrado igualmente, en la manera de proceder del autor de *El velo de Isis*, a su

³ Ibid., 32.

⁴ Ibid., 33.

vez, inspirado por los “símbolos unificados” que Ernst Bertram establece en *Nietzsche. Essai de mythologie* (1918)—, Blanca Solares sugiere la necesidad de asociar las dos actitudes dominantes ante la naturaleza en la cultura occidental propuestas por Hadot a los dos regímenes de la imagen durandianos (diurno y nocturno). Su amplio y variado corpus —que no se limita al mito, sino que remonta al rito, entendido como validación del mito, atendiendo a Malinowski (1924) y Durkheim (1912)— evidencia la diversidad, complejidad y variación de los mitemas de Orfeo que han podido interferir como clave hermenéutica de dicha “actitud órfica alternativa”.⁵

El objetivo principal de la obra se ve, así, más que alcanzado. En primer lugar, porque desde el índice se observa un claro enfoque derivado de la “imaginación simbólica” en el que se intenta “cazar” el mito primigenio desde donde miramos el presente, al hacer discurrir su planteamiento entre “la armonía musical del universo” según Pitágoras (capítulo 2) y la “seducción por la naturaleza” de Goethe (capítulo 4), pasando por la *physis* entendida como “arte divino” en la obra de Platón (capítulo 3). En segundo lugar, porque dicho discurrir “mitoanalítico” por los estratos del denominado “imaginario órfico” permite demostrar cómo la naturaleza no debe ser entendida al margen de lo sobrenatural, ni de la magia ni de su misterio originales, sino desde el punto de vista de la percepción y creatividad del hombre imaginante. El panorama histórico-filosófico-mitémico ofrecido en este volumen justifica que la

naturaleza (y en general, el entorno material e inmaterial de nuestras sociedades) pueda y deba ser comprendida a través de una representación cultural múltiple que integre cosmologías diversas y plurales —que han sido invisibilizadas por el racionalismo cartesiano reinante en las mitologías prometeicas del progreso lineal donde la naturaleza solo puede ser objetivada, cuantificada o dominada— hasta desembocar en las ecosofías actuales. En tercer y último lugar, porque precisamente dicho minucioso y erudito análisis mitémico y mitoanalítico presenta al hijo de la musa Calíope y del rey tracio Eagro —o descendiente de Apolo— también como fundador del rito de tradición órfica, donde el iniciado accedía a un conocimiento atemporal, iniciático y salvífico.⁶ Esto es, a través de mitemas redundantes o unidades mínimas de significado según el enfoque durandiano, como “la música y el canto”, “el amor que lo lleva al inframundo” o su “muerte terrible”,⁷ con lo cual, el lector desengrana las constantes simbólicas que han ido constituyendo las diferentes variantes de dicha actitud órfica de la naturaleza a lo largo de la historia. Entre otros mitemas, sugeridos desde el índice, y que encontramos en el último capítulo, cabe mencionar: “la culpa”, “el más allá” y “la inmortalidad del alma”, que, en cualquier caso, permiten a la autora subrayar la imagen de una naturaleza que acoge el deambular entre la vida y la muerte del ser humano en continua metamorfosis y perfección hasta alcanzar la fase de la inmortalidad.

⁶ *Ibid.*, 197.

⁷ *Ibid.*, 191.

⁵ *Ídem.*

A falta de conclusión como tal, el esclarecedor título del último capítulo desvela la fascinación de la autora por el simbolismo órfico, articulado en torno “al consuelo de la música”. Por consiguiente y gracias a este meticuloso estudio mitémico y mitoa-nalítico de la denominada “actitud órfica” que parte del mito (recreado por multitud de artistas y poetas desde el siglo XIX como A. Rodin, G. Moreau, Waterhouse, hasta M. Chagall, M. Zambrano, C. Pavese, o en el ámbito musical como Monteverdi, Gluck, Offenbach o Stravinsky y M. Auro-cin) junto al rito, sin olvidar recurrir a la mitología comparada (véase por ejemplo, su interesante discurrir entre las ideas afines al orfismo extraídas de las laminillas de oro y *El libro de los muertos* egipcio que pudieran asemejar a Osiris con Dioniso y Orfeo), por lo que el lector atestigua el fiel compromiso de la investigadora con la crítica de las ideologías tecnocientíficas mundiales, que aboga por esta magistral puesta en evidencia de los nexos de unión arquetipales entre las cosmologías antiguas y las cosmovisiones contemporáneas, derivadas de la ecosofía.

En definitiva, más allá de haber subrayado aquí, someramente, que nos encontramos frente a un volumen que plantea un nuevo reto a nuestra sociedad, un libro que, por consiguiente, debería ser tomado como referencia en su ámbito, un ensayo al que solo la trayectoria previa, la erudición y el tesón de una autora como Blanca Solares pueden llevar a buen puerto, esperamos haber contribuido a despertar el interés por su lectura. Y el lector no se sentirá defraudado: la obra ampliará su comprensión sobre cómo *lo imaginario* es

capaz de responder a retos y problemáticas contemporáneas, allí donde el único pensamiento racionalista (de dinámica capitalista-industrial o tecnoeconómica) ha demostrado su impericia destructiva; sobre cómo, dicha visión prometeica del mundo rechaza y desafía una visión oculta, latente, “cosmogónica, relacionada con una comprensión sagrada de la naturaleza y de la Creación” donde se sitúa el “imaginario órfico” y “mitopoético”;⁸ sobre cómo, por último, esta magistral genealogía de la imagen simbólica de la naturaleza —que en ningún caso se pretende seguimiento histórico-cronológico de las variaciones de su significado— o “imaginario órfico” puede revelar hermenéutica y científicamente, una línea mitémica o mitologema influyente: esa onda semántica “que corre a la manera de las aguas de un río” (siguiendo la metáfora potamológica durandiana) que pudiera dejar de ser “latente”, y entrar, por fin, de forma “patente”, en asumida consonancia con las ecosofías indígenas actuales.

Mercedes Montoro Araque

Profesora titular de Filología Francesa, Universidad de Granada. Realizó sus estudios en la Universidad Stendhal Grenoble III (hoy UGA). Ha publicado unos 70 artículos científicos y capítulos de libro sobre temáticas pluridisciplinares en la óptica metodológica durandiana. Ha editado y publicado, entre otras, las siguientes obras: *Gautier au*

⁸ Ibid., 32.

carrefour de l'âme romantique et décadente (2018), *Imaginación geopoética y ecopoéticas del agua* (2023), *Paisajes del agua. Imaginarios granadinos* (2024), *Paysages de l'eau en trompe l'oeil. Pensées-paysage méditerranéennes* (2024). Recientemente, coeditó

Le jardin entre spiritualité, poésie et projections sociétales: approches comparatives (2020). Desde 2012 preside la asociación Mitema (Mitos, imaginarios, temáticas pluridisciplinarias) integrada a la red internacional CRI-2, de cuya junta directiva es miembro.